



CARMEN DOLORES HERNÁNDEZ
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

NUEVA YORK, CUNA LITERARIA DE LA DIÁSPORA PUERTORRIQUEÑA

Resumen: La ciudad de Nueva York fue la cuna de la literatura puertorriqueña de la Diáspora. A ella empezaron a llegar los boricuas desde finales del siglo XIX. Algunos se oponían a las condiciones restrictivas del régimen colonial español de la Isla y en esa ciudad conspiraban, junto con grupos de cubanos expatriados, por la libertad de las dos Antillas españolas. Otros, especialmente los obreros tipógrafos y tabaqueros —que eran obreros ilustrados— llegaban a la ciudad en busca de trabajo. Muchos de estos se sumaron al esfuerzo independentista que se cristalizó en Nueva York bajo el liderato de José Martí. Desde esos inicios se desarrolló una literatura fuerte y retadora que reflejó una realidad diferente de la que vivían los puertorriqueños de la Isla, pero que resultaba tan entrañablemente nuestra como aquella. Este artículo es parte de un libro en proceso, *Antes de que fuéramos Nuyorican*, que estudiará los orígenes de la literatura diaspórica puertorriqueña.

Palabras clave: Nueva York, diáspora puertorriqueña, separatismo antillano, obreros: tabaqueros y tipógrafos, primeros escritores

Abstract: New York City was the birthplace of Puerto Rican diaspora literature. Puerto Ricans began arriving in the city in the late 19th century. Some opposed the restrictive conditions of the island's Spanish colonial regime and conspired in that city, alongside groups of expatriate Cubans, for the freedom of the

two Spanish Antilles. Others, especially typographers and cigar makers, who were educated workers, came to the city in search of work. Many of them joined the independence movement that took shape in New York under the leadership of José Martí. From these beginnings, a strong and defiant literature emerged, reflecting a reality different from that of Puerto Ricans on the island, but one that felt just as deeply our own. This article is part of a book in progress, *Before We Were Nuyorican*, which will explore the origins of Puerto Rican diaspora literature.

Keywords: New York, Puerto Rican Diaspora, Antillean separatism, workers: cigar makers and typographers, early writers

Fecha de recepción: 8 de agosto de 2025

Fecha de aceptación: 15 de agosto de 2025

Nueva York, es importante recordarlo, es una ciudad caribeña y puertorriqueña desde por lo menos el siglo 19.

Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota* (145).

El primer contexto geográfico en el que floreció la literatura de los puertorriqueños en los Estados Unidos fue la ciudad de Nueva York. Hacia finales del siglo XIX se había convertido en el gran centro urbano del este de Estados Unidos, puerto de entrada para cientos de miles de emigrantes de todas partes y de salida para la ingente producción agrícola y manufacturera del país. A ella llegaban los inmigrantes europeos por cientos de miles; también los asiáticos, sobre todo los chinos, que fueron objeto de prejuicios particularmente virulentos.¹ Y llegaron los antillanos de las islas

¹ Entre 1836 y 1914 más de 30 millones de inmigrantes europeos entraron a Estados Unidos, la mayor parte por razones económicas. Por otro lado, el pre-

holandesas, las anglo y francoparlantes y las que aún eran españolas, Cuba y Puerto Rico, cuyos naturales emigraban en función del cada vez más lucrativo comercio azucarero² y atraídos por las oportunidades de empleo que ofrecía la industria del tabaco.

Entre los cubanos que se relocizaron en la ciudad de Nueva York debido a los negocios relacionados con el azúcar, un grupo de hombres acaudalados se oponía al dominio español sobre su isla y buscaba o independizarse de España o anexarse a Estados Unidos. Algunos habían sido discípulos, en La Habana, del padre Félix Varela, sacerdote abolicionista y defensor de la independencia de Cuba, que en 1823 se refugió en Nueva York huyendo de las autoridades españolas. Varela estableció el primer periódico hispano de la ciudad, *El Habanero* (1824), de breve duración, y en 1828, con José Antonio Saco, también discípulo suyo, fundó *El mensajero semanal de Nueva York* [sic]. Estableció asimismo una parroquia en la Iglesia de la Transfiguración, en la parte baja de Manhattan, que propició una fuerte presencia católica en el sector.

La incipiente comunidad antillana de origen hispano se componía de comerciantes, obreros y patriotas, muchos de estos desterrados por los gobiernos coloniales. Incluía, además, a grupos de puertorriqueños. Desde temprano en el siglo XIX, surgieron en su seno entidades de ayuda mutua

juicio contra los chinos fue aumentando en intensidad a la par con los números de sus inmigrantes. En 1882 el gobierno federal pasó el Chinese Exclusion Act para detener esa inmigración (Evans 70).

² Las importaciones del azúcar cubano y puertorriqueño, que llegó a constituir alrededor de dos terceras partes de todo el azúcar importado por los Estados Unidos, entraban mayormente por los muelles de Brooklyn, en Nueva York. Allí se encontraban las refinerías más importantes del país, entre ellas la American Sugar Refining Company de Henry O. Havemeyer, que dominó la industria. Hacia mediados del siglo XIX tanto esa firma como varias competidoras habían convertido a Brooklyn en el centro de refinamiento de azúcar más grande del mundo (Wallace 29 y 31).

como la Sociedad Benéfica Cubana y Puertorriqueña (conocida también como “La Nacional”) para ayudar a sus miembros más necesitados. Aparecieron más periódicos hispanos, entre ellos *El Mercurio de Nueva York* (1828), un semanario, y los periódicos quincenales *La Crónica* (1848-1867) y *El Cronista* (1867-1877), en los que colaboraban también los miembros de una pequeña colonia de españoles (Wallace 34 y 46; Kanellos y Martell 172-3 y 219).³

Cubanos y puertorriqueños se establecieron mayormente en el Lower East Side y el sector Chelsea de Manhattan. Los puertorriqueños —la mayoría obreros— ocuparon además los barrios de Brooklyn aledaños a la zona de los muelles: el Navy Yard, Red Hook y Williamsburg. Eventualmente muchos se trasladaron al norte de Manhattan, específicamente Harlem, sede de una extensa comunidad afroamericana que estaba en proceso de emigrar desde el sur del país. La parte oriental del sector se convertiría en «El Barrio» puertorriqueño por antonomasia. Los comerciantes y los industriales, además de los profesionales puertorriqueños que constituyeron una pequeña parte de aquella primera migración, no se asentaron en esos barrios; se integraron a aquellos donde vivían las clases altas neoyorquinas: el Upper East o el Upper West Side de Manhattan.

Entre los obreros puertorriqueños que emigraron a Nueva York a fines del siglo XIX, los tipógrafos y los tabaqueros se destacaron por los conocimientos que habían adquirido en razón de sus respectivos oficios. En el caso de los primeros, el trabajo en una imprenta suponía la habilidad de leer y redactar correctamente, con dominio de la gramática, la ortografía y la composición. Era un oficio al que se le acordaba respeto más allá de las consideraciones de clase y color.

³ Para más información sobre la Sociedad Benéfica, ver Sánchez Korrol 12.

Los tipógrafos no eran únicamente los más educados entre los trabajadores urbanos, sino que además disfrutaban a menudo de estrecho contacto con los autores principales de la Isla, muchos de los cuales abogaban también por la educación y el avance de los artesanos. Los editores liberales a menudo protegían a los artesanos ejemplares, apoyando sus clubes sociales e incluso presentándoles ante círculos literarios. (Hoffnung-Garskof, «Las migraciones»)

Varios tipógrafos puertorriqueños —entre ellos Sotero Figueroa, Modesto Tirado, Pachín Marín y Arturo Alfonso Schomburg— llegaron a ser figuras reconocidas de la naciente comunidad boricua de Nueva York. El primero estableció la Imprenta América;⁴ el segundo, además de publicar los libros de algunos autores antillanos, fue también periodista. Pachín Marín (1863-1897), poeta además de tipógrafo, mudó a Nueva York su periódico *El Postillón*, que se había publicado en Arecibo y en Ponce (Kanellos y Martell 19 y 240; Pedreira 435). En la ciudad del norte se identificó con la causa de la independencia de Cuba y Puerto Rico y fue seguidor y amigo de José Martí. Tras la muerte de este en la guerra de independencia, Marín se unió al ejército libertador y se trasladó a Cuba, donde murió.

⁴ Sotero Figueroa (1851-1923), tipógrafo y periodista, nació en Ponce. Escribió una obra teatral satírica, *Don Mamerto*, que se presentó en el teatro La Perla de aquella ciudad. Emigró a Nueva York en 1889. Fue uno de los fundadores del Club Borinquen, el primer club puertorriqueño afiliado al Partido Revolucionario Cubano (PRC). Estableció la imprenta América, en la que se publicaba el periódico *Patria* establecido por Martí en 1892 y fue redactor, editor y administrador de *La Revista Ilustrada de Nueva York*, un mensuario en el que colaboraba a menudo Martí. Desde 1898 publicó *Borinquen, Órgano de la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano*, cuyo editor fue Roberto H. Todd (Kanellos y Martell 160 y 251; Toledo 21).

La emigración de tabaqueros antillanos a Nueva York fue considerable, impulsada por los cambios en las leyes tarifarias sobre la hoja del tabaco.⁵ También estos obreros eran letrados: la lectura en voz alta que se les hacía mientras trabajaban⁶ les permitió familiarizarse con los eventos internacionales y las corrientes ideológicas del momento. Se les leía de revistas y periódicos, tanto locales como europeos, y de publicaciones sindicales, además de libros de índole política, filosófica y literaria. No se trataba de una lectura ligera para hacer tolerables las horas de trabajo: entre las novelas figuraban las de autores franceses como Zola, Dumas, Hugo, Flaubert, Verne y Loti, las de españoles como Pérez Galdós y Palacio Valdés y algunas de Dostoievsky, Gogol, Gorki y Tolstoy. Se les leían asimismo tratados sobre política, ciencia y sociedad escritos por autores como Le Bon, Buchner, Darwin, Marx, Engels y Bakunin, propulsores de ideas de avanzada que circulaban tanto en Europa como en Norte América. Según César Andreu Iglesias, los talleres donde se fabricaban los tabacos eran «verdaderas universidades obreras» (14). Los tabaqueros puertorriqueños que emigraban a Nueva York, además, llevaban consigo un bagaje ideológico,

⁵ «Durante la década de 1880 la creciente migración cubana al sur de la Florida y Nueva York vino a incrementarse gracias a las leyes tarifarias de los Estados Unidos que favorecían la importación de tabaco en rama sobre los cigarrillos manufacturados. Cigarreros cubanos trasplantaron sus fábricas y trabajadores a Cayo Hueso, Tampa y la ciudad de Nueva York, un traslado que tuvo la consecuencia imprevista de establecer centros de activismo obrero dentro de la emigración» (Hoffnung-Garskof). Desde ese momento proliferaron las fábricas de tabaco en la parte baja de Manhattan y la ciudad se convirtió en «la capital de la industria cigarrera norteamericana» (Pérez 101-2 y 159).

⁶ «En los Estados Unidos [la lectura en las fábricas] se introdujo, definitivamente, por la emigración cubana en 1869, en el taller de Martínez Ibor en Cayo Hueso. Nunca, que se sepa, fue practicada en los talleres de habla inglesa» (Vega, «La familia Farallón», Documento nc 5, p. 27).

fruto del movimiento obrero que se dio en la Isla a finales del XIX.⁷

La lectura en las fábricas tuvo otra consecuencia: el empoderamiento de las obreras, quienes al exponerse a las ideas de grandes pensadores, recibían una educación a la que de otra manera no hubieran tenido acceso. Fue ese, precisamente, el caso de Luisa Capetillo, cuya trayectoria intelectual resultaba notablemente avanzada para su tiempo. Su rol como lectora, además, le permitió conocer a los líderes del movimiento obrero puertorriqueño e iniciar un activismo que trascendió los límites insulares, ya que esos líderes estaban en contacto frecuente con los de los centros tabaqueros florecientes de la Florida y Nueva York, y también de Cuba, Santo Domingo y Panamá (Valle 61-62).

En Nueva York los obreros puertorriqueños se unieron a los cubanos no solo por su participación en las mismas industrias sino también porque hicieron causa común en su oposición al dominio español sobre sus islas. El fermento separatista que irrumpió en ambas y que se manifestó en el Grito de Lares puertorriqueño y el Grito de Yara cubano (septiembre y octubre de 1868 respectivamente), provocó el desplazamiento de muchos patriotas a Nueva York, ciudad símbolo de la libertad.

La animosidad de los cubanos y puertorriqueños contra España aumentó a lo largo del siglo XIX. Ambas islas pedían a la metrópoli reformas que les permitieran obtener mayor autonomía administrativa y comercial. Puerto Rico buscaba, además, la abolición de la esclavitud. La incierta trayectoria de la política española a lo largo del siglo XIX —punteado

⁷ De corte socialista, ese movimiento culminó en 1899 con la fundación de la Federación Libre de Trabajadores bajo la dirección de Santiago Iglesias Pantín y otros líderes como Eduardo Conde, Ramón Rivera Rosa y José Ferrer y Ferrer.

por revoluciones y restauraciones recurrentes— obstaculizó la aceptación e implantación de las reformas; por el contrario, en varias ocasiones España instaló regímenes represivos en ambas islas. Siguiendo la pauta de las independencias hispanoamericanas y ante el creciente autoritarismo español, surgió y aumentó en ellas un movimiento separatista que, en el caso cubano (y también en el puertorriqueño, aunque menos pronunciada), tuvo dos vertientes: el anexionismo a Estados Unidos y la independencia.

El anexionismo cubano se alimentaba de los vínculos estrechos de esa isla con los estados sureños de Estados Unidos debido a la nefasta institución de la esclavitud, que constituía la base de la economía de ambos lugares al proveer la mano de obra para las grandes plantaciones de algodón, de un lado, y de azúcar en el otro. En abril de 1823, John Quincy Adams, Secretario de Estado del presidente James Monroe, había formulado una directriz conocida como «la fruta madura» en un documento en que le daba instrucciones al embajador estadounidense en Madrid, Hugh Nelson:

If an apple, severed by the tempest from its native tree, cannot but fall to the ground, Cuba, forcibly disjointed from its own unnatural connection with Spain and incapable of self-support, can gravitate only towards the North American Union, which by the same law of nature cannot cast her from its bosom. Bodenheimer, s.p.

Si una manzana, separada de su árbol por la fuerza del viento no puede, aunque quiera, dejar de caer en el suelo, así Cuba, una vez separada a la fuerza de España y rota la conexión artificial que la liga con ella, siendo incapaz de sostenerse por sí sola, tiene que gravitar necesariamente hacia la Unión Norteamericana, y hacia ella exclusivamente, mientras que la Unión misma, en

virtud de la propia ley de la naturaleza, le será imposible
dejar de acogerla en su seno (*traducción nuestra*)⁸

Tras el fracaso de las gestiones de compra, varios de los que residían en los Estados Unidos —entre ellos Emilia Casanova, casada con el novelista Cirilo Villaverde, así como también Francisco Javier Cisneros y Manuel de Quesada— financiaron y armaron expediciones con el fin de llevar a cabo invasiones libertadoras de su isla. Todas fracasaron.⁹

Mientras tanto, a diferencia del Grito de Yara en Cuba, que dio pie a la llamada Guerra de los Diez Años (1868-78), en Puerto Rico el Grito de Lares tuvo muy breve duración. A esa insurrección habían contribuido —con sus gestiones y llamados a la acción— algunos puertorriqueños radicados en Nueva York, como José Francisco Basora, que viajó a esa ciudad en 1861, además de Ramón Emeterio Betances y Segundo Ruiz Belvis, que llegaron en 1867 tras ser desterrados a España por el gobernador Marchessi.¹⁰

En 1865 Basora se unió en Nueva York a la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, cuyo objetivo era «separar a Cuba y Puerto Rico de la dominación española». La

⁸ En 1848 el presidente James Polk le ofreció a España \$100 millones por la isla de Cuba, pero no fueron aceptados. En 1854 el presidente Franklin Pierce ofreció \$130 millones, con la misma suerte (Pérez 70 y 107).

⁹ Entre 1868 y 1871 los emigrados cubanos equiparon once expediciones armadas (Ojeda Reyes 20, nota 9). Las más notorias fueron las de Narciso López, que intentó invadir a Cuba varias veces a partir de 1848, y la del barco *Virginius*, en 1873.

¹⁰ Tanto José Francisco Basora (1832-1882) como Ramón Emeterio Betances (1827-1898) eran médicos que habían trabajado juntos combatiendo la epidemia del cólera en Puerto Rico a mediados del siglo XIX. Con Segundo Ruiz Belvis (1829-1867) y Eugenio María de Hostos (1839-1903), estuvieron entre los abolicionistas puertorriqueños más destacados. Los cuatro se trasladaron en diferentes momentos a Nueva York (Basora llegó primero, en 1861), uniéndose a los esfuerzos cubanos para lograr desde allí la independencia de las Antillas españolas.

presidía el cubano Juan Manuel Macías; Basora, junto con Cirilo Villaverde, fue vicepresidente.¹¹ Ruiz Belvis y Betances se unieron a la Sociedad, que se convirtió en el Comité Revolucionario. Desde Nueva York, este último lanzó una proclama instando a los puertorriqueños a conspirar contra el gobierno español: «...nada hay que esperar de España ni de su gobierno. Ellos no pueden darnos lo que no tienen». La proclama hacía un llamado a la unión de las dos islas, el germen de la idea de la confederación de las Antillas: «¡Cubanos y puertorriqueños! Unid vuestros esfuerzos, trabajad de concierto, somos hermanos, somos uno en la desgracia; seamos uno también en la Revolución y en la Independencia de Cuba y Puerto Rico. Así podremos formar mañana la confederación de las Antillas» (Suárez Díaz 95-98).

Tras el fracaso de Lares y el inicio de la Guerra de los Diez Años en Cuba, un nuevo contingente de cubanos y puertorriqueños llegó a Nueva York. Betances, después de una breve estadía en la República Dominicana, regresó a esa ciudad en 1869. Se constituyó entonces la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, en cuyo periódico, inicialmente llamado *Revolución; Cuba y Puerto Rico, Periódico Político*, publicó el médico varios artículos (Suárez Díaz 161-2). Hostos, quien también publicó en *Revolución*, llegó ese mismo año, desilusionado con el fracaso de sus gestiones en España a favor de una mayor liberalización de la política colonial de la metrópoli. En Nueva York se vinculó al esfuerzo revolucionario de cubanos y puertorriqueños. Tras un viaje a la América del Sur en 1870, regresó a la ciudad en 1874 y fundó allí, con Antonio Molina León y Flor Baerga, el

¹¹ La Sociedad publicaba el periódico *La voz de América*, que insistía en que la lucha revolucionaria llevada a cabo desde Nueva York incluyera a todos los sectores sociales, entre ellos los artesanos y los negros, en un intento de democratizar la revolución (Kanellos y Martell 15).

primer periódico específicamente puertorriqueño de Nueva York, *La Voz de Puerto Rico*.¹² La última vez que regresó a Nueva York fue en 1898, ya iniciada la Guerra Hispanoamericana.

También vivieron en Nueva York durante los últimos años del siglo XIX los separatistas puertorriqueños Lola Rodríguez de Tió, Manuel Besosa, Juan de Mata Terreforte, Gerardo Forrest, Aurelio Méndez Martínez, Antonio Vélez Alvarado, Roberto H. Todd y Julio Henna, algunos —como los últimos dos— de tendencias anexionistas a los Estados Unidos.

La lucha por la independencia de las Antillas españolas cobró un nuevo sesgo cuando en 1880 se estableció en Nueva York el cubano José Martí. A lo largo de los quince años en que vivió en la ciudad, participó en su vida cultural, publicando frecuentemente en la prensa hispana, particularmente en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, en la que colaboraban prestigiosas plumas, como las de Rubén Darío, Emilia Pardo Bazán y Juan Valera, entre otros, y en publicaciones estadounidenses como *The Hours*, *The Century*, *The Saturday Evening Post* y *The Sun*. Martí organizó e inspiró un esfuerzo independentista que se apoyó no solo en la comunidad cubana que residía en Nueva York, sino en las de la Florida, sobre todo las de Ybor City, Tampa, y Cayo Hueso (Key West), donde se habían establecido muchos tabaqueros provenientes de la mayor de las Antillas.¹³

¹² Solo salió un número de ese periódico (Meléndez 70; Kanellos y Martell 274).

¹³ En Nueva York Martí trabajó como periodista y como traductor, además de ofrecer servicios consulares a la Argentina, Uruguay y Paraguay. Corresponsal de varios periódicos de la América Latina, colaboró también en publicaciones hispanas de Estados Unidos y en varias en inglés. Fue traductor para la casa Appleton & Company de Brooklyn y vertió al español varias novelas, entre ellas *Called back* de Hugh Conway y *Ramona* de Helen Hunt Jackson, además

Tanto en esas comunidades como en Nueva York había surgido, desde la Guerra de los Diez Años, un instrumento poderoso de apoyo a la causa de la independencia antillana: la red de «clubes» patrióticos que colaboraban con el esfuerzo separatista difundiendo propaganda a favor de la guerra y ayudando económicamente a la causa. La membresía era predominantemente proletaria; dos de ellos —«La guerrilla de Maceo» y «Las dos Antillas»— incorporaban mayormente a personas negras. Nueva York fue también sede de los clubes «Los Independientes», «José Maceo» y el «Club Borinquen», siendo este último el primero de los clubes de puertorriqueños en fundarse bajo la presidencia de Sotero Figueroa, con Betances como presidente honorario y Pachín Marín como secretario. Inocencia Martínez, la esposa de Figueroa, quien era también sufragista, presidía el «Mercedes Varona», de mujeres (Meléndez 85-87; Hoffnung-Garskof, *Racial Migrations* 176 y 249; Toledo).

En 1882 Martí estableció en Nueva York el Partido Revolucionario Cubano, cuyo órgano de difusión fue el periódico *Patria*, que se publicaba en la imprenta América, propiedad de Sotero Figueroa. Contaba para ambos esfuerzos con la colaboración de un grupo de obreros cubanos y puertorriqueños, muchos de ellos negros. Entre ellos se destacó el cubano Rafael Serra, quien en 1890 fundó con Martí «La Liga de Instrucción» (conocida generalmen-

de las *Nociones de lógica* de Stanley Jevons y las *Antigüedades griegas y romanas* de J. P. Mahaffy y A. S. Wilkins. Tradujo textos de Ralph Waldo Emerson, Edgar Allan Poe, Henry Wadsworth Longfellow y Walt Whitman, además de algunos libros para niños. Sus aptitudes de traductor tuvieron una proyección que superó la literaria: Martí fue un intermediario eficaz entre las dos Américas, la sajona y la hispana, explicándole a cada una la historia, las idiosincrasias y las actitudes de la otra (González Muñiz; Rojas).

te como 'La Liga'), cuyo propósito era «elevar el carácter de los hombres de color nacidos en Cuba y Puerto Rico». La Liga ofrecía cursos que inculcaban en los asistentes los principios de justicia social, instruyéndolos sobre sus derechos laborales. Desde 1892 auspició «Los Lunes en La Liga» para discutir obras literarias (Hoffnung, *Racial Migrations*, 157-58).

El carisma personal de Martí, su apertura hacia personas de diferentes razas y niveles sociales y educativos y la inclusión de todos en su visión de una Cuba independiente en la que negros y blancos, ricos y pobres tuvieran los mismos derechos le atrajeron un gran seguimiento. En un discurso pronunciado el 26 de noviembre de 1891 en el Liceo Cubano de Tampa declaró su solidaridad con los cubanos negros:

¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negro que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco: yo sé del amor negro a la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blanco: yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le temen: yo lo amo: a quien diga mal de él, me lo desconozca, le digo a boca llena: «Mienten». (Martí 45)

Tanto a través del Partido Revolucionario Cubano como de su periódico, Martí buscó unificar a los antillanos de Nueva York y los de las islas en la lucha por la independencia, fomentando además la unión de los pueblos hispanoamericanos. Pronunció algunos de sus discursos

más notables en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York.¹⁴

La muerte de Martí en Cuba el 19 de marzo de 1895 trajo un cambio en las alianzas forjadas entre Cuba y Puerto Rico, una interrupción en el impulso inclusivo de su ideal de independencia. El nuevo líder cubano, Tomas Estrada Palma, renunció al antillanismo de la política de Martí, con lo cual algunos independentistas puertorriqueños procedieron a reafirmar su compromiso con la lucha armada por medio de la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano. Su presidente, José Julio Henna, era de claras tendencias anexionistas.¹⁵

A pesar del activismo separatista de la clase trabajadora cubana y puertorriqueña en Nueva York y de la importancia que le acordaba Martí a la colaboración del sector, la preeminencia de esa clase en la gesta independentista no fue reconocida por la Sección Puerto Rico. El tabaquero Bernardo Vega se quejó de que en el momento en que se estableció, la Sección Puerto Rico estaba dominada por «personalidades de la clase alta».¹⁶

La Sección Puerto Rico se disolvió tras el desembarco de las tropas estadounidenses en la Isla. El 2 de agosto de

¹⁴ Recogió sus ideas en el ensayo «Nuestra América», publicado en 1891 en La Revista Ilustrada de Nueva York poco después de terminada la Primera Conferencia Internacional Americana de Washington (1889-1890), en que Estados Unidos intentó promover el panamericanismo a la luz de la doctrina Monroe (Subercaseaux).

¹⁵ La agrupación nació el 8 de diciembre de 1895 en una asamblea celebrada en el edificio Chimney Corner Hall, en la calle 25 y 6ª avenida: había 59 puertorriqueños presentes, entre ellos Sotero Figueroa, Roberto H. Todd, J. M. Terreforte, Gerardo Forrest y Arturo Alfonso Schomburg (Alegría 9).

¹⁶ «Es notable la ausencia de hombres de la clase popular, artesana u obrera, como Pachín Marín, Antonio Vélez Alvarado, Rosendo Rodríguez, Rafael Delgado, Angelito García, Flor Baerga,... Arturo Schomburg, ... por citar algunos nombres de la matrícula de los clubes Borinquen, Dos Antillas, Mercedes Varona y Martí, que eran conocidos en la lucha» (Vega 99-100).

1898, en la última reunión de la entidad, celebrada en Nueva York, Hostos estableció el núcleo de la Liga de Patriotas para fomentar la acción política de los puertorriqueños, educándolos en la práctica de su libertad. Como Martí, el puertorriqueño temía las manifestaciones del poder estadounidense en las Antillas. Fue ese el primer intento de enfrentar la situación vulnerable de una isla recién ocupada por los Estados Unidos y carente de representación en los foros en que se decidiría su futuro.¹⁷

En enero de 1899 el mayagüezano formó parte, con Manuel Zeno Gandía y Julio Henna, de una Comisión que se entrevistó con el presidente McKinley para hacerle planteamientos fundamentales sobre la autodeterminación del pueblo puertorriqueño de cara a su futuro, planteamientos que, sin embargo, no fueron considerados (Hernández 79-82).

La gesta patriótica fraguada en Nueva York al calor del liderato de José Martí propició la acción concertada de diferentes sectores sociales, sin distinción de razas ni posición socioeconómica, sentando así los fundamentos de una comunidad antillana en esa ciudad, cuya base la formaban las clases obreras emigradas. En el caso de Puerto Rico, no solo se forjaron lazos importantes de cooperación con los cubanos, prefigurando lo que hubiera podido ser la Confederación de las Antillas, el gran anhelo de Betances y de Hostos, sino que la comunidad boricua se unió con el propósito común de alcanzar la independencia de España y se afirmó mediante símbolos como la bandera borinqueña, que ondeó allí por primera vez (Harrison 76-79).

¹⁷ Ver la *Memoria de los trabajos realizados por la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano: 1895-1898*.

Primeros escritos boricuas

No hubo, en esos inicios, muchos puertorriqueños que se dedicaran a la literatura. Un caso curioso es el de Francisco J. Amy (1837-1912), traductor, prosista y poeta. Nacido en Arroyo, Puerto Rico, sus padres lo enviaron a estudiar en la Episcopal Academy de Cheshire, Connecticut, a los 14 años. Dominaba muy bien el inglés y el español y de joven empezó a colaborar frecuentemente en revistas estadounidenses como el *Waverley Magazine*.¹⁸ Aunque regresó a Puerto Rico (y fundó en Ponce, junto con Manuel Zeno Gandía, una revista literaria y científica llamada *El Estudio*), volvió a Nueva York en 1888, donde estableció la revista *La Gaceta Ilustrada* y publicó su libro *Letras de molde* (1890). Probablemente fue el primer libro de un puertorriqueño publicado en Estados Unidos. Incluía no solo sus poemas sino sus traducciones de otros poetas y sus ensayos. Asimismo tradujo al inglés la obra de Pedro Antonio de Alarcón, *El sombrero de tres picos*, titulándola *The Cocked Hat* (Rivera de Álvarez 60-62).

Amy regresó a Puerto Rico tras 1898 y trabajó como traductor oficial del gobierno militar estadounidense. En 1903 publicó *La musa bilingüe*, que reunía sus traducciones de poetas anglófonos al español y de hispanófonos al inglés e incluía su propia poesía.

Otra publicación temprana de un puertorriqueño en Nueva York fue el poemario *Romances* (New York: Modesto A. Tirado, 1892), de Pachín Marín. De corte romántico, sus versos exaltados hablaban de amor y patriotismo. Marín publicó también cuentos, ensayos, y crónicas en diferentes periódicos. Una de las crónicas, «Nueva York por dentro»,

¹⁸ *The Illustrated Waverley magazine and literary repository: devoted to original tales, poetry, music, and choice miscellaneous reading* era un semanario de Boston que se publicó de 1850 a 1908, originalmente dedicado a las mujeres.

constituye una reflexión irónica sobre la ciudad que resultó ser Meca para todos y paraíso solo para los ricos. Describía a Nueva York como «emporio de riqueza general y punto de cita de todos los pelados de la América [...] El tiempo aquí es sagrado, por lo mismo que es la representación más genuina del dinero...». Y, con una imagen que recuerda la que luego utilizaría plásticamente Julio Tomás Martínez en su pintura *El genio del ingenio*, continuaba: «... se le antoja a uno que estas grandes ciudades, ensordecedoras por su progreso, son así como la boca de un horrible monstruo ocupado constantemente en tragar y vomitar a la vez seres humanos...» (cit. en Figueroa de Cifredo 185-86).¹⁹ Esa imagen de la ciudad como devoradora de hombres se repetirá luego, de diferentes maneras, en la literatura de los puertorriqueños de Estados Unidos.

Aún hay campo para muchos descubrimientos relativos a la primera literatura de los puertorriqueños en Estados Unidos. Uno reciente ha sido la novela de Juan Aboy Benítez (1876-1901), *Su primer amor*. Poeta y narrador, Aboy Benítez se trasladó a Nueva York en 1894. Colaboró con la revista *Las Novedades: España y los pueblos hispanoamericanos* de esa ciudad, en cuyo taller se imprimió su novela en el 1900 (Kanellos y Martell 230), y también con el periódico *La Democracia* de Puerto Rico. Murió a los 25 años en un accidente del ferri de Staten Island el 14 de junio de 1901.²⁰

Su primer amor es quizás la primera novela de un puertorriqueño escrita y publicada en aquella ciudad. No responde,

¹⁹ Publicado en *La Gaceta del Pueblo*, periódico separatista a cargo del tipógrafo boricua Antonio Vélez Alvarado.

²⁰ Los datos biográficos de Juan Aboy Benítez se encuentran en un ensayo de Nicolás Kanellos en el que analiza brevemente su novela (Kanellos 22-32). El periódico *The New York Times* publicó la noticia de su muerte, describiéndolo como un oficinista de la firma Flint, Eddy & Co. que había llegado de Puerto Rico buscando hacerse de una carrera en los negocios. Decía que su padre era una persona importante en la Isla (*The New York Times*, 3).

sin embargo, al perfil dominante de la literatura inicial de la diáspora, escrita en gran parte por obreros y situada en ambientes proletarios con argumentos que aluden a problemas sociales. Tampoco se trata de un *Bildungsroman* que refleje las experiencias de crecer y formarse en un medio mayormente hostil, donde él o la protagonista se sienten extraños al pertenecer a otra cultura.

Situada más bien en un Nueva York hispano y burgués, los personajes principales trabajan en importantes casas de comercio de Wall Street que tienen negocios con las Antillas y el continente sudamericano. Veranean en East Long Branch, entonces prestigioso lugar de temporada en la costa atlántica de Nueva Jersey, y se mueven en círculos sociales de clase media alta en los que predominan los cubanos. (La trama se desarrolla en 1878, año que marcó el fin de la Guerra de los Diez Años en Cuba, con lo cual el momento coincide con la presencia en Nueva York de un número considerable de cubanos prósperos allí relocalizados por causa de la violencia en su isla.)

La trama —débil y convencional— tiene que ver con un conflicto sentimental: la disyuntiva entre el amor y la obediencia debida a los padres por un lado y los sentimientos de amor romántico por el otro. Los personajes principales —estereotipados— son Luis Alba, un joven dominicano, ilustrado y ambicioso, que trabaja en una casa de comercio de Wall Street y vive en Staten Island, lugar de casas señoriales, y Juana, hija de un matrimonio cubano acomodado. Lucinda, su madre, se opone a sus amores con Luis, por considerar que este no tiene fortuna, a pesar de que el joven parece prosperar en su carrera. El conflicto da pie a numerosos encuentros y desencuentros entre Juana y Luis y entre él y la familia de la muchacha. La novela presenta un contraste entre las costumbres patriarcales tradicionales del mundo hispánico y las

actitudes permisivas de los estadounidenses. Abunda, además, en críticas a las jóvenes estadounidenses que prodigan sus besos y se bañan en la playa con ropas que las hispanas tardan en aceptar.

El lenguaje es acartonado (utiliza el «vos» en los diálogos, lo cual resulta incongruente entre antillanos) y abundan las parrafadas interminables que devienen en largas monsergas sobre los efectos nocivos de la autoridad paterna impuesta contra la voluntad de los hijos. La novela presenta, además, sutiles —y no tan sutiles— diferencias sociales entre los hispanos en Estados Unidos. Y aunque no es, ni mucho menos, una gran obra, sí resulta un documento valioso por los ambientes que describe y las actitudes que propone.

Ni Puerto Rico ni los puertorriqueños se mencionan en la novela. Podemos, sin embargo, calificarla de pionera —aunque no representativa— en relación con la literatura diaspórica. Pertenece a una tradición alterna que florecerá en los años 30 entre los puertorriqueños profesionales que se aglutinaron en torno a la revista *Artes y Letras*, establecida y dirigida durante su primera época por Josefina Silva de Cintrón. Muchos de esos puertorriqueños eran maestros, profesores universitarios o periodistas y su escritura —sobre todo sus novelas— eran literariamente ambiciosas (pensamos, entre otros, en Pedro Caballero y Pedro Juan Labarthé).

Después del 98 y el inicio de la dominación estadounidense de Puerto Rico, se acrecentó aún más la emigración a la ciudad de Nueva York. No fueron solo los obreros los que acudieron: también personalidades como Luis Muñoz Rivera que, tras el ataque a su periódico, *El Diario de Puerto Rico* el 18 de septiembre de 1900, viajó a esa ciudad, donde empezó a publicar en 1901 un periódico bilingüe, *The Puerto Rico Herald*. Allí también publicó su poemario *Tropicales* (H. M. Call, 1902). A la luz de los acontecimientos que aca-

baba de vivir, el poema inicial del libro, titulado «Nulla est redemptio» expresa sus frustraciones:

... en mis sueños de ambición precaria, quise en mi patria contemplar un día, no la turba rebelde y tumultuaria que en algarada inútil se extravía, sino el pueblo viril, heroico y fuerte que sin vanos alardes desafía el golpe injusto de contraria suerte, y mostrar puede al invasor triunfante su desprecio sublime de la muerte. Ilusión fue que acarició un instante la febril ansiedad de mi deseo: ¡ay, al crujir el látigo insultante, no se irguió con impulso giganteo, ni aún supo imitar, sobre su roca, la fiera convulsión de Prometeo! En vano la injusticia le provoca; humilde y manso, en las hinchadas venas el ardimiento tropical sofoca, y besa con cariño sus cadenas, y endulza, al brusco son de sus cantares, el dejo amargo de sus hondas penas, en tanto que se enlutan nuestros lares y el rojo sol que por oriente asoma astro es que anuncia duelos y pesares. ¡Oh! Sin llegar al esplendor de Roma, sufrimos vergonzosa decadencia y nuestra fe vacila y se desploma. (Muñoz Rivera, vol. 4)

A partir de esos primeros años del siglo XX, varios escritores de la comunidad boricua de la ciudad sentaron las bases de una literatura que iría aumentando no solo en número de autores sino también en variedad de temas y estilo. Uno de los primeros fue Arturo Alfonso Schomburg, investigador y ensayista enfocado en la presentación y defensa de la cultura negra.

Uno de los primeros escritores reconocidos de la diáspora puertorriqueña, Schomburg se había distinguido como seguidor de Martí y cofundador del Club Dos Antillas, que apoyaba la lucha por la independencia de las Antillas españolas. Tras el 98, gravitó hacia la comunidad negra de la

ciudad y dedicó su vida a estudiar su historia y su cultura, conformando un archivo de sus orígenes, su extensión y su importancia a lo largo de la historia de Occidente por medio de su extensa colección de documentos escritos y gráficos. Criado en Puerto Rico, Schomburg perteneció a prestigiosas instituciones dedicadas a los estudios culturales de los afroamericanos, como la Negro Society for Historical Research (que cofundó con 1911 con el periodista e historiador de la diáspora africana, Edward Bruce) y la Negro Academy, fundada por W. E. B. Du Bois, Alexander Crummell y Paul Laurence Dunbar en 1897. Fue asiduo colaborador en revistas dirigidas a la comunidad negra como *The Crisis: A Record of the Darker Races* y *Opportunity*, y tres de sus ensayos figuraron en las antologías que definieron y orientaron el fermento cultural del Harlem Renaissance: *The New Negro*, de 1925 (editada por Alain Locke) y *The Negro Anthology* (1934, editada por Nancy Cunard). Su obra literaria consiste de unas tres decenas de ensayos que versan sobre varios aspectos de la historia y la cultura negras y que toman en cuenta su desarrollo no solo en Estados Unidos, sino también en las Antillas y en Europa.

Otros autores tempranos de nuestra literatura diaspórica fueron Bernardo Vega, con su larga crónica sobre los inicios de la comunidad boricua en Nueva York y Jesús Colón, con sus artículos incisivos sobre el modo de vida, los hábitos y costumbres de esa comunidad y con sus análisis de su situación socioeconómica y cultural. Desde esos inicios se desarrolló una literatura fuerte y retadora que reflejaba una realidad diferente de la que vivían los puertorriqueños de la Isla, pero que resultaba tan entrañablemente nuestra como aquella.

Obras citadas

- Alegría, Ricardo. «Prólogo». *Arturo Schomburg. Sus escritos anotados y apéndices*, edición de Flor Piñero de Rivera, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1989.
- Andreu Iglesias, César. «Introducción». *Memorias de Bernardo Vega: contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*, 4ta. ed. revisada, Ediciones Huracán, 1988.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *La memoria rota*. Huracán, 1993.
- Evans, Nicholas J. «Indirect passage from Europe: Transmigration via the UK, 1836–1914». *Journal for Maritime Research*, vol. 3, no. 1, 2001, pp. 70-84. <https://doi.org/10.1080/21533369.2001.9668313>
- Figueroa de Cifredo, Patria. *Pachín Marín. Héroe y poeta*. Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967.
- González Muñiz, Eduardo. «José Martí, Translator». *Translation Directory*, 2008. <https://www.translationdirectory.com/articles/article1670.php>
- Harrison Joseph. *La historia de la bandera de Puerto Rico. Del conflicto a la certeza*. Archivo Digital Nacional de Puerto Rico, 2025.
- Hernández, Orlando José, editor. *Documentos de la Liga de Patriotas Puertorriqueños fundada por Hostos*. Comisión Nacional Hostos, 2024.
- Hoffnung-Garskof, Jesse. «The Migrations of Arturo Schomburg: On Being Antillano, Negro, and Puerto Rican in New York 1891-1938». *Journal of American Ethnic History*, vol. 21, no. 1, 2001, pp. 3-49. JSTOR, www.jstor.org/stable/27502778. Traducción de Edgardo Pérez Morales, «Las migraciones de Arturo Schomburg: Ser Antillano, Negro y Puertorrique-

- ño en Nueva York, 1891-1917». *Translating the Americas*, vol. 1, otoño 2013. <http://dx.doi.org/10.3998/lacs.12338892.0001.001>
- . *Racial Migrations. New York City and the Revolutionary Politics of the Spanish Caribbean*. Princeton UP, 2019.
- Kanellos, Nicolás. «Su primer amor, Primera novela de autor puertorriqueño publicada en Nueva York». *Centro Journal*, vol. 26, no. 1, primavera 2014, pp. 22-32.
- Kanellos, Nicolás y Helvetia Martell. *Hispanic Periodicals in the United States. Origins to 1960. A Brief History and Comprehensive Bibliography*. Arte Público P, 2000.
- Martí, José. *José Martí en su universo. Una antología*. Edición conmemorativa, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, 2021.
- Meléndez, Edgardo. *Patria: Puerto Rican Revolutionary Exiles in Late Nineteenth Century New York*. Centro Press, 2020.
- Memoria de los trabajos realizados por la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano: 1895-1898*. Imprenta de A. W. Howes, s.f. Versión microfilmada.
- Muñoz Rivera, Luis. *Obras Completas: Poesía*. Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1960.
- New York Times. «Another body found in ferryboat wreck. That of Juan A. Benitez, a young Porto Rican clerk», *The New York Times*, 17 junio 1901, p. 3.
- Ojeda Reyes, Félix. *General Juan Rius Rivera. Héroe militar de Cuba, poderoso banquero y empresario en Honduras*. Ediciones Puerto, 2007.
- Pedreira, Antonio S. *El periodismo en Puerto Rico. Bosquejo histórico desde su iniciación hasta el 1930*. Imp. Úcar, García y Cía., 1941.
- Pérez, Lisandro. *Sugar, Cigars & Revolution. The Making of Cuban New York*. New York UP, 2018.

- Rojas, Rafael. «José Martí: un new yorker en la manigua». *Letras Libres*, 8 junio 2018. <https://letraslibres.com/literatural/jose-marti-un-new-yorker-en-la-manigua/>
- Rivera de Álvarez, Josefina. *Diccionario de literatura puertorriqueña*. Vol. I, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974.
- Sánchez Korrol, Virginia E. *From Colonia to Community. The History of Puerto Ricans in New York City*. U of California P, 1983.
- Suárez Díaz, Ada. *El antillano. Biografía del Dr. Ramón Emeterio Betances 1827-1898*. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1988.
- Subercaseaux, Bernardo. «Nuestra América: texto, lectura y contexto». *Universum*, vol. 32, no.1, julio 2017. https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-23762017000100255&lng=en&nrm=iso&tlng=en
- Toledo, Josefina. *Dos mujeres y una historia: Inocencia Martínez y Mercedes Varona*. Nuevos Cuadernos del Ateneo Puertorriqueño, 2018.
- Valle Ferrer, Norma. *Luisa Capetillo. Historia de una mujer proscrita*. Editorial Cultural, 1990.
- Vega, Bernardo. «La familia Farallón». *Op. Cit.*, no. 25, 2018. <https://revistas.upr.edu/index.php/opcit/issue/current>
- . *Memorias de Bernardo Vega. Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*, edición de César Andreu Iglesias, 4ta. ed. revisada, Ediciones Huracán 1988.
- Wallace, Mike. «Nueva York: The Back Story». *Nueva York 1613-1945*, edición de Edward J. Sullivan, The New York Historical Society and Scala Publishers, 2010, pp. 18-81.